

poróse la corona del territorio y de la patente en el curso del año 1703 ó poco tiempo despues. El gobierno protegió la esclavitud, pero suprimió la libertad de la prensa.

En Nueva York, la subida de Guillermo de Orange al trono de Inglaterra costó la vida á un ardiente defensor de su causa, el alemán Jacobo Leisler. El gobernador Nicholson, partidario de los Estuardos, ocultó cuanto pudo el cambio de soberano, y cuando la noticia se divulgó obligó el pueblo de Nueva York á dejar el mando, del cual se encargó Leisler interinamente, hasta la llegada del nuevo gobernador enviado de Lóndres. Este fué un tal Sloughter, comandante, hombre entregado á la bebida y completamente desmoralizado, que instigado por el partido aristocrático, es decir, por el alto comercio de la ciudad, puso preso y formó causa criminal á Leisler y á su yerno Milborn. Ambos fueron condenados á muerte, y la sentencia fué ejecutada el 16 de mayo de 1691. La indignacion fué general, y cuatro años despues el parlamento inglés anuló la sentencia, justificó y aprobó la conducta de las víctimas de la justicia, restituyó á sus herederos sus bienes confiscados y obligó al parlamento de Nueva York á pagarles una indemnizacion de mil libras esterlinas.

Con la llegada de lord Bellamont, en 1698, volvió al poder en Nueva York el partido democrático, que era el mas numeroso porque comprendia la clase media.

El gobernador de Massachusetts, encarcelado por la poblacion á la noticia del destronamiento de Jacobo II, fué enviado á Inglaterra para ser juzgado allí; pero pasaron algunos años antes de que esta colonia recibiera una nueva patente. En ella se le agregó la de Plymouth y por desgracia tambien la de Maine hasta el rio San Lorenzo, territorio habitado por indios, que dieron mucho quehacer á los colonos.

Durante algun tiempo ocupó la atencion de los ciudadanos de Massachusetts, que desde un principio se habian distinguido por su intolerancia religiosa como por la entereza con que defendian sus libertades, la persecucion de las brujas y mágicos, fanatismo que causó muchas víctimas; veinte personas fueron asesinadas jurídicamente y 55 sometidas á todos los tormentos hasta que hicieron las declaraciones mas estrambóticas y locas.

En casi todos los países de Europa ha habido persecuciones de brujas, y en Inglaterra se dió muerte, en el año 1515, con este motivo á 500 desgraciadas. En 1648 fué muerta por bruja en Boston una pobre mujer curandera ó droguera y un predicador llamado Cotton Mather publicó en 1689 un libro sobre brujas y brujerías, en el cual se encuentran minuciosamente registrados todos los casos de esta clase que hasta entonces habian ocurrido en las colonias. Como en aquella época los libros andaban escasos, fué leído este con grandísimo afan y se avivó la supersticion. En 1691 publicó un tal Baxter un libro análogo en Lóndres, dando nuevo alimento á la imaginacion de los ignorantes. Excitados así los ánimos, no fué extraño que en 1692 ocurriera en la ciudad de Salem, en Massachusetts, un caso de brujería al cual siguió toda una serie interminable, distinguiéndose entre los perseguidores mas fanáticos los predicadores y tras ellos sus fieles oyentes.

La política mercantil de Inglaterra y la esclavitud en las colonias en aquella época

El tratado llamado del *asiento*, celebrado en 1689 entre España y otras potencias con el objeto de facilitar á las colonias españolas de América los esclavos negros que necesitaban, fué traspasado en 1713 á Inglaterra, la cual quedó obligada á llevar á las citadas colonias anualmente 4,800 es-

clavos (1), pero con este motivo extrajo cada año de Africa quince mil negros; y segun dice Bancroft, el ya citado historiador de los Estados Unidos, los ingleses, hasta el año 1776 en que el congreso de los Estados Unidos prohibió este tráfico, vendieron tres millones de negros, sin contar medio millon que murió en las travesías y fué arrojado al Océano (2). Este comercio era tan lucrativo, que la Inglaterra lo protegió con todas sus fuerzas é influencia; la reina Ana, como ya dijimos antes, excitó en 1702 el celo de los gobernadores de las colonias para que lo protegieran y fomentaran, y diez años despues alabóse la misma reina en el parlamento de haber descubierto nuevos mercados para esta mercancía. El tráfico de esclavos era, como entonces se dijo, la columna, la base principal y el mejor auxilio del comercio de Inglaterra con las colonias.

La política mercantil de Inglaterra, á principios del siglo XVIII, procuraba, lo mismo que hoy, dificultar la industria manufacturera en sus colonias. Estas solo podian exportar primeras materias, que trasformadas en las fábricas inglesas eran devueltas en buques ingleses á las colonias en forma de artículos de uso. La Inglaterra quiso tambien reservarse la produccion de una de las primeras materias mas importantes, la lana, por cuya razon el gobierno inglés prohibió en las colonias la cria de ganado lanar, á fin de que la produccion de lana en las colonias no abaratará esta primera materia en la Gran Bretaña y disminuyera así el valor de las haciendas inglesas. Por esto se publicó en 1699 una disposicion que prohibia desde el 1.º de diciembre de aquel año cargar lana bajo ningun pretexto ni en buque, ni en carro, ni en otro vehículo alguno, ni en bestia de carga, ni trasportar esta materia de una colonia á otra, ni en general á parte alguna fuera del país de su produccion. La consecuencia de esta medida fué que los habitantes de las colonias, como el Maryland y Virginia, que no podian pagar los tejidos ingleses, se ingeniaron para hilar y tejer en sus casas la lana que necesitaban, y un gobernador de Virginia llama en su memoria ó informe la atencion del gobierno de Inglaterra sobre la conveniencia de dirigir aquella fuerza de brazos por otro cauce menos perjudicial al comercio inglés. Los industriales de Connecticut no podian trasladar sus géneros manufacturados fuera de la propia colonia, ni á Massachusetts, ni á Albany, donde se proveian los indios. Respecto de la industria lanera, de que la Inglaterra se mostraba tan celosa, dijo un comisionado de las colonias: «Los ingleses no deben temer la competencia del Canadá: allí hace tanto frio, y la nieve cubre tanto tiempo el país, que el ganado lanar no medra lo suficiente para dar lugar á la industria lanera, única industria que puede hacer que una colonia sea improductiva para la corona.»

En semejantes circunstancias era natural que se acumulara y concentrara en los ánimos de los colonos un rencor creciente contra la metrópoli, y así vemos en un documento público del año 1701 la siguiente confesion de los comisionados del gobierno inglés: «Es sabido que las colonias alimentan ya el deseo de hacerse independientes;» en un escrito de un agente inglés del año 1703 se dice: «La opinion pública á favor de una república libre crece en las colonias de año en año;» y otro participó en 1705: «Con el tiempo los habitantes de las colonias romperán su union con Inglaterra y establecerán un gobierno propio.» Cuando empezó á es-

(1) Lo que la Inglaterra consiguió de la España fué la facultad exclusiva de proveer de negros á las colonias españolas. La Inglaterra se hizo *asentista* de la España para este servicio lucrativo. (N. del T.)

(2) Segun este cálculo, no fueron 15,000 sino 58,300 negros los que sacó la Inglaterra anualmente de Africa en el espacio de sesenta años. (N. del T.)

tablecerse en América la fabricacion del hierro, se dijo en 1719 en el parlamento inglés que el establecimiento de fábricas en las colonias tendria por resultado disminuir la dependencia de estas respecto de la metrópoli, y en su consecuencia se adoptaron medidas para dificultar la industria del hierro. En cambio, apenas se hubo introducido en las colonias del Sur el cultivo de la caña de azúcar, el gobierno inglés, en 1733, impuso derechos sobre todos los productos azucareros extranjeros á su entrada en las posesiones inglesas (nueve peniques por cada galon de ron, cinco chelines por cada quintal de azúcar y seis peniques por cada galon de melaza), «porque estas colonias, se decia, tienen grandísima importancia para el comercio de Inglaterra.» Estos productos que necesitaban el trabajo de esclavos eran los que convenian á los fabricantes ingleses, y así lo expresaron diciendo: «Si fuera posible que el trabajador blanco hiciera el trabajo del negro, no tardarian las colonias en tener tambien manufacturas como las nuestras y nos harian la competencia en nuestros artículos; entonces podríamos temer el desenvolvimiento y la prosperidad de las colonias; pero mientras podamos proveerlas abundantemente de negros, no hay peligro por este lado. El trabajo del negro mantiene las colonias en la dependencia de la metrópoli.» Conforme á esta política, los ingleses introdujeron tantos negros en sus colonias americanas que algunas llegaron á protestar contra semejante abundancia.

En el año 1714 se calculaba el número de negros en las colonias en 59,000, y cincuenta años despues, en 250,000. En todas las colonias, excepto en Massachusetts, habia esclavos negros, si bien en toda la Nueva Inglaterra, y por supuesto en primera línea en Massachusetts, se protestó contra la introduccion excesiva de esclavos y contra lo indigno de este comercio. En 1652 adoptó la colonia de Providence la resolucion de declarar libre á todo esclavo que hubiera servido diez años, y en 1787 el congreso aprobó la proposicion de Jefferson prohibiendo la esclavitud y la servidumbre forzosa en todos los territorios de la Union situados al Noroeste del Ohio. Sin embargo, esta hermosa ley fué letra muerta en los mismos Estados del Norte, porque un periódico de Brooklyn (Nueva York), el *Star*, del 14 de abril de 1813, contiene este anuncio:

«Diez pesos de gratificacion. Se ha evadido de la alquería de J. J. Cossaert, en Long-Island, una negra francesa que responde al nombre de María. Las personas que la oculten ó le den albergue serán castigadas conforme á la ley, pero la que la entregue á su dueño ó la deposite en la cárcel recibirá la gratificacion indicada.»

Otros anuncios semejantes se encuentran en periódicos posteriores; por manera que en nuestro siglo existia todavía la esclavitud en Nueva York. En 1840, en los Estados llamados libres habia todavía 1,129 esclavos; solo en Massachusetts, Maine, Vermont y Michigan no hubo esclavitud á contar desde aquel año. En 1701 el parlamento de Boston encargó á sus gobernantes que hiciesen todos los esfuerzos posibles por acabar con la esclavitud; pero en la misma ciudad habia todavía en el año 1750 casas navieras que hacian el tráfico de negros; y en Newport florecia el mismo comercio, no obstante las leyes contrarias, en toda la primera mitad del siglo pasado, produciendo riquezas inmensas, y eso que las colonias del Norte podian prescindir de esclavos y que los amos de estos hacian una competencia ruinosa á los demás ciudadanos.

La Georgia

En 1717 se inició en Inglaterra el proyecto de colonizar los territorios que se extendian al Mediodía de la Carolina del Sur; proyecto que fué aplazado para evitar colisiones con

los españoles, que ocupaban la Florida, con la ciudad y el fuerte de San Agustín. Pero en 1732 el rey Jorge II autorizó al general Oglethorpe para colonizar los territorios situados entre los rios Savannah y Alatomaha durante veintiun años, al cabo de cuyo tiempo debían ser propiedad de la corona de Inglaterra. Como en todas las concesiones análogas, no se fijaba mas limite del lado del Occidente que el Grande Océano, de cuya distancia no se tenia ninguna idea precisa.

Oglethorpe, segun el juicio unánime de sus contemporáneos, era hombre de carácter enérgico, varonil, noble, humano, sincero, sin egoismo y de mucha experiencia. Como Guillermo Penn, quiso fundar una obra de caridad, una sociedad mas perfecta que las existentes. Habia recorrido y estudiado las cárceles de Inglaterra, y horrorizado de lo que vió, pidió en 1728 remedio al parlamento, del cual era miembro. En aquella época se castigaba en Inglaterra todavía el simple hurto con la horca, y en Alemania se aplicaba á ciertos criminales, entre otras penas de muerte horrosas, la de hacerlos hervir lentamente en un baño de aceite. Cruelísima era tambien la suerte de los deudores insolventes, los cuales perecian en las cárceles si no podian pagar su deuda, y se calcula que en aquel tiempo, en Inglaterra, entraban anualmente en las cárceles unos cuatro mil individuos por este solo concepto. Ahora bien, lo que eran las cárceles entonces se puede colegir de lo que eran hace unos treinta años, segun la pintura que con tan tristes colores ha hecho de ellas el gran novelista humanitario inglés Carlos Dickens.

Oglethorpe se propuso abrir en su colonia un refugio á los desgraciados, y, naturalmente, poner coto tambien á la esclavitud, lo cual expresó en el lema: *Non sibi, sed aliis*, que hizo grabar en el sello de la sociedad que formó, y á la cual contribuyeron muchos particulares generosos y sociedades caritativas. Llamó al territorio, en honor del rey, Georgia Augusta, y en él eran admitidas todas las religiones cristianas menos la católica; tambien estaba abierto el país á los judíos.

A fines del año 1732 llegó con ciento veinte emigrantes á Charlestown y fundó con ellos su primera colonia en el punto donde hoy se levanta la ciudad de Savannah á orillas del rio del mismo nombre. La excelente fama que habia precedido á Oglethorpe le habia granjeado las simpatías y el concurso de los ciudadanos de la Carolina, como de las tribus indias vecinas, con las cuales hizo convenios de paz y de amistad que durante mucho tiempo fueron observados fielmente por las partes interesadas. El plano de la nueva ciudad fué trazado ampliamente con calles anchurosas y rectas, y la colonia creció lenta pero constantemente.

En el año 1734 llegó un grupo de hermanos moravos que fundó el pueblo de Ebenezer. Dedicáronse estos al cultivo de árboles frutales europeos, al del gusano de seda y de paso ensayaron el del añil, y á la vuelta de pocos años pudieron presentar en el mercado 10,000 libras de seda. En 1736 Oglethorpe, que habia ido á Inglaterra, llegó á la colonia con un nuevo grupo de emigrantes, esta vez trescientos, entre los cuales se hallaban los hermanos Juan y Carlos Wesley, fundadores de la secta metodista, pero que permanecieron solo un par de años en la colonia. Se fundaron entonces las colonias Augusta y Federica; Jorge Whitefield pudo fundar con suscripciones voluntarias un asilo de huérfanos en Savannah, y otros grupos acudieron de las montañas de Escocia á aumentar la poblacion.

En esto apuntó en el horizonte de la colonia el peligro de un ataque por parte de los españoles; Oglethorpe marchó á Inglaterra, donde organizó un regimiento de voluntarios que llevó á la colonia y allí construyó un buen número de fuertes. Estalló la guerra, en efecto, pero los descalabros de las armas

inglesas en las Antillas impidieron la conquista de la Florida, que el gobierno inglés había proyectado. Oglethorpe marchó con 1,200 hombres contra San Agustín, pero esta empresa fracasó; los españoles atacaron luego la Georgia, y a su vez fueron rechazados con grandes pérdidas; de suerte que los límites entre unos y otros quedaron como antes.

En 1743 dejó Oglethorpe la colonia para siempre y se retiró a Inglaterra. Desde entonces fué cambiando la Georgia de carácter; en 1746 varios vecinos de Savannah solicitaron permiso para introducir esclavos; se establecieron hijos de hacendados de la Carolina y de Virginia en el país, creando grandes haciendas; los pequeños cultivos fueron reemplazados por los grandes, y al poco tiempo la Georgia, a pesar de las buenas intenciones de su fundador, era uno de los Estados del Sur cuya existencia tenía por base la esclavitud. En 1755 tenía esta colonia mas de tres mil habitantes, y ochenta mil despues de la guerra de la independencia. Oglethorpe murió casi centenario.

CAPÍTULO III

LAS COLONIAS FRANCESAS EN LA AMÉRICA DEL NORTE Y LAS GUERRAS INTERCOLONIALES

La Nueva Francia

La Nueva Inglaterra se componía de colonias dependientes de la madre patria, pero en realidad y en la práctica política libres, bien que generalmente esclavas de una secta religiosa dominante. El factor principal de la vida social era el trabajo infatigable, el deseo de crearse con el trabajo una posición material desahogada, unida a una moralidad y religiosidad sencillas y sinceras: conjunto de caracteres distintivos que en aquellos Estados se conserva todavía hoy en su esencia al través de mas de dos siglos y de todas las modificaciones. De aquí proviene también que estos países no presenten en su historia grandes figuras dramáticas.

La Nueva Francia ofrece caracteres opuestos. Allí el monarquismo feudal francés y la teocracia católica se propusieron amoldar a su sistema a las numerosísimas tribus indias guerreras, salvajes, criadas desde tiempo inmemorial en una libertad e independencia ilimitadas y desconocedoras de todo rudimento de ley. Por eso la historia de la Nueva Francia es desde el principio una relación continua de guerras con tribus salvajes, con el poder inglés y con los gentiles y herejes (1). Sus caudillos hicieron prodigios de valor y mostraron una energía inflexible que no retrocedía ante los mayores sacrificios ni desmayaba en los tormentos mas horribles; pero no consiguieron ninguno de sus propósitos.

La historia de la Nueva Francia empieza con una empresa mercantil y de colonización en la América septentrional de un chambelán del rey de Francia, llamado Pedro de Monts, que obtuvo permiso para colonizar la Acadia, ó sea el territorio comprendido entre los 40° y 46° de latitud Norte, es decir, entre el punto que hoy ocupa Filadelfia hasta mas allá de Montreal y desde el Atlántico hasta donde llegara el territorio al Oeste. Al propio tiempo recibió el título de lugarteniente del rey con poderes de virey, y el monopolio del comercio de pieles, quedando anuladas y caducadas todas las concesiones análogas anteriores, con gran disgusto de los comerciantes de Saint-Malo, Ruan, Dieppe y la Rochela. También fué autorizado para enganchar a la fuerza cuantos vagabundos, salteadores y otros perdidos pudiera

(1) Véase la obra inglesa: *France and England in North America*, por Francisco Parkman, Boston. Es autor de muchas obras y estudios históricos notables sobre la América del Norte.

apresar ó encontrar en las cárceles para formar su contingente armado; de cuyo permiso hizo el agraciado amplio uso. Monts era calvinista, pero había tenido que prometer que los indígenas americanos serían educados en la religión católica, apostólica, romana; de suerte que a bordo de sus buques iban, además de muchos voluntarios nobles y de título, espadachines y ladrones, sacerdotes católicos y predicadores hugonotes. Los individuos mas notables que tomaron parte en la expedición fueron un comerciante de Saint-Malo llamado Pontgravé, el caballero Samuel de Champlain y el baron de Poutrincourt.

Champlain había nacido en una pequeña ciudad marítima del golfo de Vizcaya y era un verdadero caballero noble con su dosis de héroe novelesco. Había visitado las Antillas, Méjico y el istmo de Panamá, donde concibió el proyecto de un canal interoceánico. De regreso a Francia se presentó en la corte, donde hizo conocimiento con Pontgravé, el cual le comunicó su proyecto de visitar la América septentrional para dedicarse al comercio de pieles, comprándolas a trueque de objetos de manufactura francesa. Los dos partieron en un buque para aquellas lejanas costas; pero no encontraron huella alguna de la ciudad de Hochelaga, de la cual se les había hablado, ni de los indios sus habitantes, y regresaron a Francia. Entretanto Monts había recibido la concesión y en su expedición tomaron parte.

Monts partió el 7 de abril de 1604 en uno de los buques del Havre, en el cual iba también Champlain; y pocos días despues siguió, según estaba convenido, Pontgravé con otros buques cargados de pertrechos y provisiones de boca para los colonos. Al llegar a América entró Monts en la bahía de Santa María, donde se dedicó dos semanas a explorar las costas, mientras Pontgravé se trasladó a un sitio llamado Tadoussac, donde comerció con los indígenas. Monts descubrió en sus exploraciones el puerto de Anápolis, cuya comarca concedió en calidad de feudo al baron de Poutrincourt, a petición de este, que llamó al puerto y al país Port-Royal. Desde allí visitaron los navegantes el río San Juan, al cual dieron este nombre.

Entretanto trazó Champlain mapas hidrográficos de las rutas que siguieron y de las costas y puertos que visitaron. Entró también en un río en cuya desembocadura encontró una isla pequeña, ceñida de peñascos y arrecifes, que llamó Sainte Croix, nombre que desde entonces lleva también el citado río. En esta isla estableció Monts una colonia protegida por un fuerte, en el cual se instaló Champlain con ochenta hombres. Era este entonces el único punto habitado por blancos en todo el trecho desde las colonias españolas hasta el polo.

Durante el invierno el escorbuto mató a 35 individuos de esta colonia, y el resto no se desesperó ni desmoralizó gracias al ejemplo y al valor heroico de Champlain. Cuando en el mes de junio, los aires primaverales de aquella región hubieron quebrantado los hielos, y restablecido la salud de los infelices reclusos sobrevivientes, embarcóse Monts con Champlain y varios otros caballeros, veinte marineros, un indio y su mujer, en un barco de veinte toneladas a fin de buscar otro sitio mejor para su capital. Recorrió toda la costa del actual Estado de Maine, pasando cada día a tierra, haciendo conocimiento con los indígenas y cambiando con ellos regalos, pero sin encontrar el sitio a propósito que buscaba. Finalmente, acabándose las provisiones, regresó con su gente a Sainte Croix, a donde llegaron a principios de agosto. Resolvió entonces establecerse en Port-Royal, concedido a Poutrincourt, é hizo llevar allí las provisiones restantes, con todos los demás pertrechos, utensilios y la parte transportable de los edificios, con los cuales se levantaron las

casas de la nueva colonia en el lugar de la selva virgen que hasta entonces había ocupado aquel terreno.

Entretanto los contrarios de Monts habían trabajado en la corte de Francia para quitarle su privilegio; un buque de su nación le llevó esta noticia y el consejo de volver a París para deshacer aquellas intrigas; y siguiendo el consejo embarcóse y partió inmediatamente. Llegado que hubo a París, encontró que sus enemigos efectivamente no se daban punto de reposo, mientras sus amigos se le mostraron bastante indiferentes. Uno de estos últimos era el abogado letrado Marcos Lescarbot, hombre de claro ingenio, poeta notable y gran conocedor de las letras antiguas. Este hombre, que nos ha dejado una de las mejores y mas antiguas relaciones históricas de los primeros establecimientos franceses en América, partió en el mes de mayo del año 1606 con el baron de Poutrincourt para el nuevo continente, mientras Monts continuaba en París, donde su presencia era todavía necesaria. A fines del mes de julio, Poutrincourt y Lescarbot echaron anclas en el puerto de Port-Royal, donde no encontraron mas que dos de sus compatriotas, porque doce días antes había marchado Pontgravé con los hombres restantes a las pesquerías en busca de auxilio y principalmente de provisiones, que esperaba obtener de algun buque de su nación. Los dos individuos que habían quedado en Port-Royal para guardar la plaza, los cañones y municiones de guerra, saludaron a los recién llegados como salvadores, y poco despues llegó también con socorro Pontgravé. Este partió luego para Francia, mientras Poutrincourt emprendió con Champlain una nueva excursión exploradora en busca de un buen sitio para establecer la colonia principal, empresa que también se frustró. En noviembre regresaron con algunos hombres menos a Port-Royal, donde pasaron el invierno lo mejor que pudieron, porque la nueva plaza, que era bastante espaciosa, estaba bien provista de todo lo necesario y bien fortificada.

Llegó la primavera y poco despues un buque que les llevó la fatal noticia de que el privilegio de Monts había sido anulado a consecuencia de las reclamaciones de los comerciantes y navieros de los puertos de Normandía, Bretaña y Gasconia. Estos visitaban regularmente las pesquerías americanas, donde hacían de paso el comercio de pieles. De este lucrativo comercio les había privado el monopolio injustamente concedido a Monts, y anulado a la sazón no menos injustamente despues que el agraciado había hecho con sus compañeros desembolsos y otros sacrificios inmensos, sin haber tenido hasta entonces beneficios, porque los holandeses y los mismos franceses, estos clandestinamente, desafiando las penas en que incurrian, habían continuado haciendo grandes acopios de pieles en el golfo y río de San Lorenzo.

En estas condiciones no había medios de sostener la empresa, y a principios del mes de octubre del año 1607 los arrojados expedicionarios volvieron a pisar el suelo patrio en Saint-Malo, habiendo sido los primeros europeos que intentaron fundar una colonia agrícola en el Nuevo Mundo. Les honra su conducta humanitaria y amistosa para con los indios, tan maltratados en las posesiones españolas y tan despreciados por los colonos ingleses.

El baron de Poutrincourt no quiso renunciar buenamente a su posesión de Port-Royal, y consiguió que el rey Enrique IV le confirmara en ella. Los jesuitas, viendo en la Nueva Francia un nuevo y vasto campo para su actividad, hicieron valer toda su influencia en la corte para que Poutrincourt se llevara algunos individuos de la orden; pero el baron, si bien era buen católico, había hecho la guerra con los hugonotes contra la Liga a favor de Enrique IV, y por aversión y recelo eludió el compromiso y se embarcó en fe-

brero del año 1610 en Burdeos para la América sin llevarse ninguno de aquellos padres.

Encontró a Port-Royal casi en el mismo estado en que lo había dejado, y a fin de probar que no necesitaba jesuitas, aplicóse con mucho ahínco a convertir a sus vecinos indios. Consiguio, en efecto, que el sacerdote que le acompañaba bautizara a un jefe de tribu, de edad de 110 años, y a su familia, en presencia de toda la colonia; y con este motivo se cantó un *Te-Deum* y se dispararon algunos cañonazos para anunciar esta victoria del Evangelio. Este suceso hizo mucho ruido entre los indios, los cuales acudieron en gran número con el objeto de hacerse bautizar, creyendo que esto les traería fortuna, mostrar su amistad a los franceses y probablemente con el de llenar los estómagos, porque a la ceremonia iba unida una abundante comida. De todos modos pudo Poutrincourt enviar a Francia una numerosa lista de indios convertidos con el buque que, mandado por el hijo del baron, joven de diez y ocho años llamado Biencourt, partió para la metrópoli. Entretanto había sido asesinado el rey Enrique IV y gobernaba su viuda María de Médicis en calidad de regente en nombre de su hijo. El joven Biencourt obtuvo una audiencia y presentó a la regente la lista de los neófitos. Esto excitó mas que nunca la ambición de los jesuitas, cuya protectora en la corte era la bella y virtuosa Antonieta de Pons, marquesa de Guercheville, dama de honor de la reina, y el resultado fué que Biencourt tuvo que llevarse a los dos jesuitas Biard y Masse. Con ellos se embarcó en Dieppe, porque habiéndose acabado los recursos de su padre y de sus compañeros, habíase asociado por convenio con dos comerciantes hugonotes de aquel puerto para que facilitaran el buque y su cargamento. Sin embargo, cuando los comerciantes hugonotes vieron a los jesuitas no quisieron admitirlos a bordo y reclamaron el reembolso de todos los gastos que habían hecho. Al saber esto la marquesa, hizo al instante una suscripción piadosa en la corte, que dió por resultado una suma considerable, la cual permitió a los jesuitas comprar a aquellos comerciantes hugonotes su parte en la empresa por 3,800 libras francesas, por cuenta «de la Sociedad de Jesus, provincia de Francia.» Así llegaron a ser los jesuitas socios de la empresa de Poutrincourt, y a fines de enero de 1611 partieron muy contentos los dos padres para la Nueva Francia.

Los jesuitas en el Canadá

Poutrincourt entregó el gobierno de su Estado a su hijo, tan pronto como este llegó, y se dirigió a Francia en busca de recursos. A falta de otros, vióse obligado a aceptar por socia a la marquesa de Guercheville, la cual entró en el negocio con 6,250 pesetas y se hizo ceder por Monts, que había perdido mucho dinero, sus derechos sobre la Acadia, a los que añadió el joven rey Luis XIII la concesión de todo el territorio desde el río San Lorenzo hasta la Florida, sin curarse de las colonias inglesas y holandesas. Esto fué justamente lo que dió lugar a infinitos conflictos, que no tardaron en surgir. Por lo pronto, la citada marquesa, ó mejor dicho, sus amigos los jesuitas, eran dueños nominales de la mayor parte de los futuros Estados Unidos y de las posesiones británicas en la América del Norte, y el señorío del baron de Poutrincourt se reducía a un islote microscópico en este vasto imperio.

En 12 de mayo de 1613 partió para la Nueva Francia un buque con los dos padres jesuitas Quentin y Du Thet, cincuenta y ocho marineros y pasajeros, cierto número de caballos y cabras y abundantes provisiones; al llegar a Port-Royal tomó a bordo a los dos jesuitas Biard y Masse y se